

La crisis de la deuda y los cambios en Europa Oriental

Paul Phillips*

Las extraordinarias transformaciones ocurridas en Polonia y Hungría durante el último año han propiciado que numerosos observadores occidentales festinen el regreso del capitalismo a Europa Oriental. En la izquierda, muchas personas han observado estos cambios con un interés comparable, aunque con gran preocupación porque "los dioses fallaron", es decir, porque el socialismo y su lucha contra la desigualdad, la injusticia y la inhumanidad no se han mantenido, al parecer, como una solución frente al capitalismo. En efecto, la disminución de los niveles de vida y la escasez de alimentos y de bienes de consumo parecen apuntar al fracaso de los países comunistas para resolver con eficiencia los problemas económicos básicos de la producción y la distribución.

Es interesante señalar que los críticos más rigurosos de las economías de Europa Central y Oriental suelen ser los economistas de esos mismos países. Esto se puede atribuir en parte al aislamiento intelectual y a la supresión de la economía burguesa que caracterizó la enseñanza universitaria oficial antes de la perestroika. Como dijo en Budapest al autor de este artículo un joven economista húngaro: "hace unos años no estudiábamos el mercado de trabajo" puesto que se consideraba una mera abstracción capitalista. Hoy, ese mismo economista se dedica a investigar los fundamentos de una política en relación con el mercado laboral.

En una reciente conferencia de administradores de empresas celebrada en Yugoslavia, en la que el autor participó, el debate más candente se refirió a esa institución singular de la propiedad social (colectiva) y a su relación con los problemas económicos actuales de ese país. Un prominente economista sostuvo de manera muy explícita que lo único que se necesita para hacer eficientes y redituables a las empresas es privatizarlas.

Debido al aislamiento de los economistas de Europa Oriental con respecto al análisis económico occidental más crítico, muchos suelen abrigar la misma concepción idealizada del mecanismo del mercado capitalista que caracteriza al pensamiento neoclásico y que desconoce la realidad de las clases, la hegemonía política y económica de algunas de ellas y los problemas de distribución que eso entraña. El aislamiento mencionado ha conducido a gran cantidad de propuestas o intentos de reforma econó-

mica que prometen empeorar los problemas actuales y dificultar su solución en el futuro, al mismo tiempo que destruyen los ideales igualitarios en lo social y lo económico de la concepción socialista original.

Con lo anterior no se pretende negar que el modelo de planeación central al estilo soviético requiere reformas. La planeación central constituye al parecer una institución inadecuada e ineficiente para proveer y distribuir muchos, si no la mayoría, de los bienes de consumo y los servicios. Las grandes empresas estatales han probado su inflexibilidad para responder a los constantes cambios en la tecnología, la demanda de los consumidores y las normas de calidad. Los precios administrados no han logrado ajustarse a los cambios de los costos reales de producción y han conducido a la aparición de estructuras irracionales de precios. La profusión de transferencias y subsidios y la garantía virtual contra el desempleo y el despido han impuesto tales restricciones a las empresas que quedan muy pocos incentivos para buscar la eficiencia de los gerentes y para economizar recursos. Los trabajadores también disponen de pocos estímulos para trabajar más o para producir bienes de calidad. Como resultado, numerosísimas empresas están hundidas en un mar de pérdidas y, conforme a cualquier criterio racional de contabilidad, en bancarrota.

En muchas economías socialistas que intentan "reformarse", la respuesta de política ha consistido en permitir y estimular el surgimiento de un sector privado, en promover la inversión extranjera y alentar el crecimiento de los mercados no regulados. En Hungría, las reformas implantadas hasta ahora incluyen la legalización de empresas privadas que tengan hasta 500 empleados, así como la creación de un mercado de valores. Los reformadores tienen la esperanza de que los mercados respondan mejor a la demanda de los consumidores y presionen a las empresas estatales; asimismo, confían en que el mercado de valores se allegará una masa de ahorro privado para aumentar el crecimiento económico.

Hay varias razones que explican por qué es casi seguro que semejantes reformas fracasen. Según se dice, los mercados privados de la Unión Soviética han provocado considerables respuestas negativas debido a los altos precios y a la creación de bolsos de riqueza. En debates parlamentarios recientes se ha acusado al nuevo sector cooperativo (privado) de "exprimir a los trabajadores" y de "concitar un amplio desdén por sus elevados precios". Los mercados de valores no funcionan bien porque existe poco capital privado que busque oportunidades de inversión. De las menos de 100 empresas inscritas en la bolsa húngara de valores casi todas son estatales, aunque algunas son también mixtas (privadas y públicas). Los economistas de Europa Oriental no se han percatado, al parecer, de la posición dominante de los in-

* Profesor de economía en la Universidad de Manitoba. Este trabajo se publicó originalmente en *Monthly Review. An Independence Socialist Magazine*, vol. 41, núm. 9, Nueva York, febrero de 1990, pp. 19-27. Copyright 1990, Monthly Review Inc. Se reproduce en *Comercio Exterior* con el permiso de la Monthly Review Foundation. Traducción del inglés de Sergio Ortiz Hernán.

versionistas institucionales en los mercados occidentales de capital. No es de sorprender, por tanto, que el mercado húngaro de valores haya tenido escasísimo efecto en generar capitales nuevos y que el intercambio en la bolsa corresponda casi exclusivamente a las empresas del Estado.

La reforma que consiste en estimular la inversión extranjera directa (IED) es el mayor peligro potencial para las perspectivas económicas. La IED amenaza empeorar el problema de la deuda y acentuar la dependencia de las economías de Europa Oriental con respecto a los mercados occidentales, la cual constituye una de las causas principales de la crisis actual. Los países socialistas que padecen los peores problemas económicos son, en su mayoría, los más integrados a Occidente y los más dependientes de los mercados y los capitales de esta región. De hecho, como se sostiene en este artículo, la causa más grave de la actual crisis económica en varios de los países más pequeños de Europa Oriental es la deuda externa (en moneda fuerte), combinada con la absorción periférica en el sistema económico occidental.

Hungría y Yugoslavia: sistemas diferentes, problemas similares

La prueba más fehaciente de que la deuda externa es el elemento crítico de los actuales problemas económicos de Europa Oriental (o Central) se encuentra en una comparación entre países como Hungría y Yugoslavia. Ambos tienen sistemas económico-políticos muy diferentes, pero los dos sufren una grave crisis económica, aunque sus manifestaciones sean un tanto distintas como reflejo de la diversidad institucional que los caracteriza.

En Hungría los problemas son una economía estancada, ingresos reales a la baja y dificultades de la balanza de pagos; si bien no hay escasez de alimentos o de otros bienes de consumo en las tiendas, sí falta el ingreso para adquirirlos. En Yugoslavia también existe un problema de estancamiento económico y de disminución del ingreso, aunque las regiones desarrolladas del país han mostrado en el último año, más o menos, signos de recuperación y de un crecimiento renovado. La crisis en este país balcánico se manifiesta hoy en la hiperinflación (se calcula en 600-1 000 por ciento para 1990), el desempleo y las crecientes desigualdades regionales que amenazan la existencia misma de ese Estado multinacional que algunos podrían considerar incluso artificial.

En Hungría ha prevalecido una economía estatal de planificación centralizada al estilo soviético (si bien con un sector privado de pequeña escala considerable en los servicios y la agricultura), con todos los problemas que ello entraña. Un resultado particular de los intentos reformistas en favor del mercado es la "economía de la escasez" en lo que respecta a los insumos industriales. Las pequeñas empresas nuevas que se orientan al mercado tienen dificultades para obtener las materias primas que necesitan porque estos insumos están comprometidos con las grandes empresas estatales debido a la asignación burocrática de recursos y a los convenios tradicionales. Esto explica por qué hay interés en atraer empresas extranjeras no integradas en la economía regulada de las grandes organizaciones de propiedad estatal.

El sistema económico de Yugoslavia es por completo diferente. El país abandonó el modelo soviético a principios de los cincuenta. Tito percibió con rapidez que una economía de planeación central manejada burocráticamente era inviable en un país

constituido por 70% de campesinos distribuidos en repúblicas muy diversas por su desarrollo económico y por su cultura. Durante los cincuenta y los sesenta la "propiedad social" sustituyó a la estatal y se desarrolló la autoadministración junto con un sistema económico y político muy descentralizado. Desde un punto de vista económico, el mecanismo coordinador no fue un plan, sino el mercado sobreimpuesto (algunos dirían subordinado) a los contratos sociales, es decir, a los acuerdos de planeación concertados entre las unidades productivas autoadministradas. Se mantuvo cierta forma de planeación indicativa, pero cada vez se hizo menos precisa y fue perdiendo importancia.

Habida cuenta de estas diferencias, ¿qué tienen en común los dos países, aparte de sus gobiernos nominalmente comunistas y sus respectivas crisis económicas? La respuesta es una gran deuda y, a juicio del autor, los préstamos extranjeros impagables. Ambos deben en moneda fuerte casi 20 000 millones de dólares, si bien Yugoslavia, con una población de más del doble de la húngara, tiene menos de la mitad de deuda per cápita.

Hungría se endeudó durante los setenta para financiar el "comunismo *goulash*", el aumento de la producción de bienes de consumo y el creciente comercio con Occidente. Así se provocó una dependencia con respecto a las mercancías occidentales, en particular los bienes de capital. Sin embargo, los mercados potenciales del país en Occidente se contrajeron durante los ochenta debido a la recesión y al creciente proteccionismo.

La gran expansión de la deuda de Yugoslavia ocurrió durante los dos últimos años del régimen de Tito. Era obvio que el Mariscal se estaba muriendo y en el país surgieron considerables temores de que se desatasen las pugnas regionales debido a las muy altas disparidades de los ingresos respectivos. Por ejemplo, relación entre el ingreso per cápita de la desarrollada Eslovenia y el de la subdesarrollada Kosova es, cuando menos, de cinco a uno. A fin de mitigar los peligros de la lucha interregional, se erigió y se erogó dinero, con muy pocos efectos duraderos de acumulación de capital. En suma, casi toda la deuda contraída se consumió. El proteccionismo prevaleciente en Occidente en los ochenta también lesionó a Yugoslavia. Este país, igual que Hungría, fue víctima del monetarismo y de las altas tasas de interés vigentes durante el último decenio.

Deuda y desarrollo

El problema de la deuda externa en estos países industriales semidesarrollados es, en opinión de este autor, insoluble. Sólo los intereses sobre la deuda existente se elevan cuando menos a 2 o 3 por ciento del PNB, o hasta 5 o 6 por ciento si se considera el producto social neto. A mayor abundamiento, esta cantidad, que excede de 2 000 millones de dólares al año en cada país, debe obtenerse de un superávit de bienes y servicios sólo con Occidente. Y a menos que se pague algo del principal (o que la deuda se reduzca de alguna otra manera) esos intereses representarán una carga a perpetuidad. El comercio exterior de Hungría y Yugoslavia se divide casi por igual entre Occidente y los países del CAME, encabezados por la Unión Soviética. Para complicar aún más la situación, ambos países tienen superávit comercial con la URSS, que se paga mediante créditos no convertibles, y déficit con Occidente, lo que aumenta sus deudas en monedas convertibles.

De esta suerte, los intereses sobre las deudas externas de ambos se han acumulado en los últimos años, aumentando su en-

deudamiento externo neto sin ninguna afluencia compensadora de capital o de bienes de capital. Esto entraña una escasez de nuevas inversiones, sobre todo por medio de bienes de capital importados que incorporen tecnología nueva que aumente la productividad. Tal escasez contribuye a perpetuar el estancamiento económico que, a su vez, aumenta la carga de la deuda externa.

Las perspectivas de Hungría y Yugoslavia de aumentar su comercio con países de monedas fuertes son muy débiles, para no mencionar las posibilidades de lograr superávit comerciales en ese intercambio. La CEE está preocupada con su integración total en 1992 y con la necesidad de proteger a sus miembros menos desarrollados (Grecia, España y Portugal). En Estados Unidos prevalecen aires proteccionistas y no hay disposición de ayudar a nadie, dada su situación deficitaria. Japón no es un importador tradicional de productos yugoslavos ni húngaros y sus mercados son virtualmente cerrados. El Oriente Medio, mercado tradicional de Yugoslavia, ofrece pocas esperanzas debido al colapso de los precios internacionales del petróleo.

En suma, Hungría y Yugoslavia comparten con numerosos países en desarrollo semiindustrializados (incluyendo a Argentina, Brasil, México, Israel y Polonia) la carga de la crisis internacional de la deuda. Las manifestaciones de esta crisis en los países afectados son el ingreso real a la baja, la hiperinflación (incipiente o real), el desempleo abierto o disfrazado, el estancamiento económico y los problemas de balanza de pagos. Hungría y Yugoslavia han suscrito acuerdos condicionales de contingencia con el FMI que los obligan a orientar más sus economías hacia el mercado, pero en realidad esto ha empeorado sus problemas. Así, por ejemplo, la hiperinflación yugoslava se desató debido a la exigencia del FMI de devaluar el dinar y hacerlo convertible.

Lloverá sobre mojado

Las opciones de estos países son limitadas y ninguna resulta satisfactoria. La más obvia, mayor endeudamiento, no es atractiva en modo alguno para los deudores mismos. Préstamos adicionales, incluso si se pudieran obtener, agravarían rápidamente el problema de la deuda. Conforme a las tasas actuales, se requiere un superávit comercial con los países occidentales de al menos 10% del valor de un préstamo sólo para pagar los intereses, y una fracción mucho mayor si ha de amortizarse el principal. Para crear ese superávit, las autoridades deben disminuir el consumo interno o reducir drásticamente los servicios públicos. En los países donde las fuerzas democráticas dificultan mucho la represión política, esta disminución forzada de la demanda no parece posible. Incluso regímenes opresivos como el de Corea del Sur y el de Pinochet en Chile se han enfrentado a muchas dificultades para reprimir a la población en nombre de la acumulación de capital.

Tanto en Hungría como en Yugoslavia, varios economistas han instado a que sus países eviten la carga de pagos más cuantiosos por concepto de intereses y amortización siguiendo un segundo camino: el estímulo de la IED, incluyendo la venta de empresas nacionales a inversionistas del exterior y el establecimiento de coinversiones entre empresas extranjeras y estatales (en Hungría) o cooperativas (en Yugoslavia). Hasta ahora se ha tenido poco éxito en atraer la inversión foránea. Quizá esto sea afortunado, puesto que seguir dicho camino sólo promete alegrías en lo inmediato a cambio de penas futuras. Las empresas capitalistas invierten en otro país por tres razones principales: *i)* para aprove-

char los bajos salarios a fin de producir manufacturas intensivas en trabajo y luego reexportarlas; *ii)* para disponer de las materias primas necesarias o para controlarlas, y *iii)* para lograr una fracción del mercado del país en donde actúan. Sin embargo, ni Hungría ni Yugoslavia tienen regiones industriales donde exista mucho desempleo; tampoco están particularmente bien dotados de recursos naturales. Y quizá la opción menos atractiva sea la inversión extranjera para explotar los mercados internos. Es probable que tales inversiones consistan al principio, en gran medida, en bienes de capital procedentes del país originario de la empresa respectiva. También puede ser que ésta repatrie sus considerables beneficios y asignaciones de depreciación. Buena parte de los administradores y del personal técnico vendrá del país de origen, de manera que se crearán pocos empleos en el país receptor. Y, a juzgar por la experiencia canadiense, esas empresas importarán una proporción desmedida de sus insumos materiales. Así, la opción de atraer inversiones extranjeras directas contribuye poco a aliviar el problema de la balanza de pagos, que está en la raíz de la crisis actual.

En Rumania se siguió un tercer camino: comprimir los niveles de vida de los trabajadores, a tal punto que se redujo drásticamente la importación de bienes de consumo, y expropiar el excedente interno para pagar con él la deuda externa. El costo en términos de bienestar de la población ha sido enorme, por lo que este tipo de soluciones no es manejable desde el punto de vista político en países tan liberalizados como Hungría y Yugoslavia.

La solución ideal consistiría en que las potencias industriales de Occidente cancelaran una parte considerable de la deuda acumulada. No sorprende que los bancos privados de esos países estén renuentes a emprender este camino, aunque de hecho ya lo han seguido al colocar grandes cantidades de lo adeudado en un mercado secundario en el cual se deprecian rápidamente los títulos respectivos (la deuda yugoslava se vendía en septiembre de 1989 en 55 centavos por dólar).

Por supuesto, una solución obvia sería desconocer la deuda, pero esto entraría en conflicto con el propósito que comparten Hungría y Yugoslavia (así como Polonia) de acrecentar su integración económica con Occidente. Mientras la economía soviética siga hundida en la depresión, aquellos países tienen muy pocas posibilidades de encontrar soluciones mejores al problema de sus obligaciones externas.

Yugoslavia ha logrado algunos avances modestos en la reducción de su deuda. Ciertas empresas, según se informa, aceptaron bienes soviéticos de baja calidad a cambio de deuda comercial con la URSS, la cual vendieron con descuento en los mercados occidentales y utilizaron el producto para recomprar en el mercado secundario deuda yugoslava con 45% de descuento. Conforme a lo publicado en *Globe and Mail* el 18 de septiembre de 1989, estas recompras directas y otras similares han disminuido la deuda yugoslava con los bancos occidentales en casi 1 000 millones de dólares. No obstante, esto apenas hace mella en la cuestión del endeudamiento.

El peligro real radica en que Yugoslavia, Hungría y Polonia atribuyan las dificultades inducidas por la deuda a sus instituciones políticas y económicas. Si así lo hicieran y alteraran esas instituciones sin resolver aquéllas, se arriesgarían a cambiar sus sociedades relativamente igualitarias y sus sistemas cabales de bienestar por el estancamiento, la desigualdad y la pobreza consternante que caracterizan a gran parte de América Latina. □